

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 6c-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5, 7-10): *Esperad con paciencia.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Id a anunciar lo que estáis viendo.*

Después de dos domingos, en los que se nos ha recomendado prepararnos mediante la conversión a esperar la venida del Señor, ahora se nos invita a alegrarnos porque ya está cerca, está ya por llegar. Esta inminencia que se hace cada vez más próxima no elimina el riesgo de la desazón y de la impaciencia, cuando no cunde el desánimo o la indiferencia, al comprobar que Jesús todavía no llega de verdad a nuestro mundo.

La impaciencia y desazón se produce cuando olvidamos que el motivo de la alegría es que su venida ya es cierta, que Jesús ya ha nacido y se ha hecho hombre; lo que ocurre es que nosotros al recordar este acontecimiento, que hizo hijo de David al Hijo de Dios, descubrimos que, al igual que entonces muchos de los suyos no le reconocieron, tampoco ahora muchos de nosotros todavía no le hemos dado la acogida que le corresponde. Dios está ahí, cerca de nosotros. Al recordarnos la liturgia las fechas previas al acontecimiento ya cumplido quiere avivar nuestro corazón para que al sentirle cerca se alegre y regocije.

El recuerdo nos instala en el pasado y nos hace compartir no sólo la alegría de la madre que espera al niño, sino la alegría de todo el pueblo que vio en este niño a su salvador. El aplauso y la alegría del pueblo se hizo imagen viva al ver cumplida su esperanza de salvación en el desierto árido, convertido en lugar alegre por ser el camino que unía Babilonia con la Ciudad Santa. Todas las penalidades del destierro, del alejamiento en tierras extrañas, se convierten en alegría en la medida en que el pueblo se va acercando a alcanzar la paz deseada.

La distancia era enorme, unos mil kilómetros de desierto separaban a Jerusalén de Babilonia; la sordera y falta de atención a la Palabra de Dios hizo que no entendieran la advertencia de los profetas; las claudicaciones de la Ley les alejaban de la subida digna al templo, y como consecuencia ya no se escuchaban los cánticos en honor de Yahvé; el pueblo mudo, sordo y cojo ya no gozaba de la cercanía de Dios y con esa carencia veía cada vez más lejana su salvación hasta quedar cegado y deslumbrado por la gloria aparente de los ídolos. Toda esta distancia provoca con frecuencia la impaciencia al ver que no llega todavía el salvador.

El profeta Isaías se dirige a un pueblo que vive en precariedad. Jerusalén y Judá han sido tierras de fe, pero no de riquezas. Son tierras de nobles espíritus religiosos, pero no de tesoros según lo humano. Judá, tierra que acoge a Belén y a Jerusalén, nos regala la esperanza mesiánica (Belén) y la esperanza en que Dios es firme (Jerusalén). El mensaje de Juan Bautista y de Jesús, aunque distintos, tienen un elemento común. Hay esperanza, porque Dios no falla. Él nos salvará.

San Pablo nos invita a mantenernos firmes y aguardar con paciencia la llegada del Señor; otra vez es una imagen agrícola la que describe esta esperanza gozosa del labrador que aguarda paciente el fruto valioso de la tierra mientras recibe la lluvia temprana y tardía. No podemos confundirnos y fijar nuestra esperanza en otro que no sea el verdadero Mesías, el Señor.

Los que podemos recordar una infancia marcada por la enseñanza natural de la fe en la familia, en el colegio y en la parroquia tenemos una percepción común: ha cambiado el relato religioso. En efecto, hace años se podía hablar sin estridencias de que “*necesitamos la salvación*” y de que “*Dios nos salva*”. Hoy con dificultad escucharemos que alguien se sirve de estas palabras para referirse bien a la felicidad, bien al sentido, bien a la esperanza que marca su vida. Hoy es más fácil recurrir a términos suaves y ambiguos como “*nuevas espiritualidades*”.

Nos podemos preguntar: ¿Es posible para un cristiano una espiritualidad sin Dios, sin la acción del Espíritu Santo, sin salvación? Leemos la Sagrada Escritura y el profeta Isaías nos invita a tener esperanza, sin desfallecer, porque “*Dios nos salvará*”. En el evangelio se presenta la misión de Juan Bautista; él no es el Mesías, pero sabe que está a la puerta. Por eso pregunta si es el Mesías esperado, “*el que ha de venir*”, o si tienen que esperar a otro. Jesús no responde que viene “*a salvar*”, pero remite a una misión humanizadora, liberadora y esperanzadora.

Jesús comunica vida y esperanza, porque él es la Vida y la Esperanza (ambas con mayúscula). ¿Qué aportamos los cristianos en este mundo que nos toca vivir? **¿Sentido?** Hay otras opciones de sentido, aunque no se paren en la finitud de la vida, porque no creen en la vida plena que nos da Dios. **¿Esperanza?** Sí; la fe cristiana es una decisión de sentido para una vida plena, y es una certeza de esperanza. No solo en esta vida, sino más allá de nuestros límites.

Juan predica la conversión, el cambio de mentalidad y hasta de conducta, de quienes están ya instalados en su propio bienestar. La salvación no es un lujo del que podamos alardear, ni siquiera un presente en el que podamos vivir tranquilos y sin riesgo alguno; la salvación es un futuro esperanzador, el cumplimiento de una promesa que trasciende nuestra débil comprobación o experiencia del bien.

Es bueno que nos planteemos la misma pregunta que se hiciera el precursor: «*¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?*». La respuesta nos la da el propio Jesús: «*Id a anunciar que los ciegos ven, los inválidos andan y los sordos oyen. ¡Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí!*».